

Rosario García del Pozo (1933–2024): Una *rêverie* ilustrada

José Luis Tasset Carmona
Universidad de La Coruña

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.10

Durante mis estudios de Filosofía tuve un sueño recurrente. Entraba en medio de la noche en una casa de la avenida de la Constitución de mi Sevilla natal. Todos parecían dormir. De pronto aparecía un tipo moreno, bajito y grueso y me decía: “Soy Juan López, el guardián de los secretos. Lo que vienes a buscar ya no está.” Le contestaba: “No sabes lo que busco”. Y replicaba: “De todos modos ya no está, no hay nadie, se lo han llevado todo. Yo estaba invitado a dormir, se han ido y me han olvidado aquí.” Recorría los pasillos y estantes y nada había, sobre todo lo que yo buscaba. Me despertaba siempre enojado y desorientado. Ya no podría nunca robar los 18 tomos de la edición facsimilar de Franco Maria Ricci de la *Enciclopedia* de Diderot y d’Alembert que dormían en los estantes de aquella casa. Mis planes criminales estaban condenados al fracaso. En cualquier caso, en el sueño nunca resolvía la cuestión de cómo iba a bajar con todos los tomos por las escaleras del edificio del Banco Central, en el que estaban la casa y la biblioteca que aparecían recurrentemente en mis ensoñaciones y que estaba fuertemente vigilada por guardias armados. Cosas de los sueños. Creo que mi dedicación a la Ilustración europea procede de mis *rêveries* criminales de aquella época. Si no podía llevarme la *Enciclopedia*, la haría mía investigando sobre ella y la Ilustración europea. Esta sublimación ha sido útil en mi vida, pero hubiera sido mucho más interesante y divertida la opción de criminal bibliográfico mucho más leído que mis sueños me auguraban.

Conocí a Rosario García del Pozo a la vez como madre y como filósofa, ya que fui (y sigo

siendo) compañero de andanzas de su hijo Francisco Vázquez García desde el primer año de nuestra entrada en la Facultad de Filosofía de Sevilla, cuando estaba en la calle Gonzalo Bilbao de Sevilla. Mi amistad fraternal con mi querido Paco me llevó a frecuentar su casa, y su biblioteca y ella y su hijo entraron a formar parte de mi realidad cotidiana. También la *Enciclopedia* de Diderot y d’Alembert que, incluidas las láminas, descansaba en su casa y que tanto influyó en mis ideas y en mi imaginación.

Nunca tuve la fortuna de ser alumno suyo, al menos de forma directa, porque ella y otros excelentes profesores de la Facultad de Filosofía de Sevilla estaban destinados por aquel entonces preferentemente en el “extranjero”, es decir, en la Facultad de Historia de la Fábrica de Tabacos. Sí lo fui en forma indirecta ya que mi novia por aquel entonces, y después ya pasado el tiempo mi esposa, estudiante de Historia de América, sí tuvo la inmensa suerte de ser su alumna en Historia y cada semana en nuestros encuentros, que yo esperaba erótico-festivos, me asaltaba con dudas y complicadas cuestiones foucaultianas acerca del tránsito a la “episteme moderna”. Así que tuve que seguir sus clases en versión diferida para obtener alguna clase de recompensa sentimental y pasional. No era un motivo muy defendible, pero me hizo leer a Foucault por primera vez y sobre todo interesarme por los cambios de paradigma filosófico y cultural, asunto que me ha ocupado casi el resto de mi vida, en particular en lo que respecto a los cambios operados en la época de transición entre la Ilustración y el Romanticismo. No me atrevía a hacer acto de presencia en las clases que impartía porque ya por aquel entonces era yo visitante asiduo de su casa sevillana, refugio de alborotadores varios vinculados a su hijo Paco, mi querido amigo desde entonces. Así que temía ser reconocido y la única vez que me aventuré a entrar en una de sus clases en Historia, alcancé a ver cómo iniciaba una maravillosa explicación del comentario focaultiano de Las Meninas de Velázquez, con alusiones detalladas a las distintas partes del cuadro que nadie podía ver porque ella interponía su físico jovial y juvenil justo en la trayectoria del cañón de luz del proyector. Así que alguien más arrojado que yo le hizo ver que estábamos encantados de verla iluminados por la luz de la técnica

moderna, pero que su sujeto material tendría que ser apartado para poder ver el objeto de sus comentarios. Su reacción fue divertida, elegante, ocurrente, afectuosa, inteligente y oportuna. Así la recuerdo desde entonces y la asocio a parte de lo más brillante de la cultura recibida en aquella época y a la creada colectiva e individualmente por aquel grupo de jóvenes pensadores sevillanos, quienes acabamos todos vinculados de una manera u otra a la revista *ER*: Foucault, Borges, Las Meninas, Velázquez. No es poco.

De modo que fui un alumno indirecto e invitado de Rosario García del Pozo y sin embargo extraje de esa extraña condición dos ideas que han perdurado en mi trabajo. Por un lado, la idea de episteme, muy ampliada a partir de su sentido original, en el trabajo de Michele Foucault, y trasladada certeramente a sus clases por Rosario, me hizo ver que las ideas de los filósofos no sólo podían ser historiadas en sentido convencional sino analizadas desde un punto de vista genealógico y arqueológico y que ello enriquecería profundamente nuestra comprensión no sólo del significado de las ideas sino de su posible proyección sobre todo aplicada, muchas veces directamente oculta o negada. De hecho, apliqué este esquema conceptual en varios proyectos de investigación a lo largo de mi carrera académica a la génesis y redefinición conceptual del llamado Paradigma Utilitarista de Racionalidad, intentando ver cómo los rasgos de su matriz conceptual (consecuencialismo, bienestarismo, maximización, individualismo, agregativismo) se iban conformando sucesivamente a lo largo del proceso de génesis del llamado utilitarismo clásico durante los siglos XVIII y XIX. Todo este trabajo hubiera sido imposible sin el descubrimiento del enfoque genealógico y arqueológico que posibilitaron aquellas lecturas foucaultianas de juventud auspiciadas por la docencia de la profesora García del Pozo y alguna de sus publicaciones de los años 80 del siglo XX (principal que no exclusivamente García del Pozo, 1988).

La otra idea de la profesora García del Pozo que me inspiró profundamente, a partir también de su presencia en la obra foucaultiana, fue el uso de las metáforas pictóricas y estéticas para la explicación indirecta, como por capas, de los paradigmas de pensamiento y su relación contextual y genética con sus sustratos históricos, que son así capta-

dos de una manera mucho menos estática, con mucho mayor dinamismo y complejidad. Esta idea la desarrolló en su trabajo del año 2008 (en los Cursos de Verano de Cádiz) “Meninas-Magritte desde la interpretación de Michel Foucault”. Por mi parte, y siguiendo esa inspiración genealógico-pictórica o simplemente estética, desarrollé el paralelismo entre la pintura de Gustave Caillebotte y el complejo pensamiento de James P. Griffin, o las acreditadas conexiones con la pintura de su amigo Edward Hopper (Tasset, 2001). Y sin embargo, pasado el tiempo me di cuenta de que esos análisis sólo fueron posibles por esa proyección y comentario de una diapositiva de “Las Meninas” en un aula de la Fábrica de Tabacos a fines de los setenta del siglo XX. Al final, las cosas acaban encajando y cuadrando y ser generoso es sólo tener buena memoria y respetarla.

Acabados los estudios de Filosofía en Sevilla, Paco, su hijo, se marchó de becario de investigación a la Universidad de Cádiz, con nuestro querido Mariano Peñalver, y yo tras cuatro años también de becario en Sevilla, me marché para no volver a la Universidad de Santiago de Compostela y de allí a la de A Coruña.

Paco mientras tanto me contaba de ella y de su vida familiar y académica, no siempre fácil. Volví a verla cuando su hijo y yo presentamos nuestra esforzada edición para Laetoli de los ensayos sobre homoerotismo de Jeremías Bentham en la Facultad de Filosofía en la que ella ya se había jubilado como profesora. Tras la celebración del acto y en una pequeña reunión de amigos antiguos, me comentó, cariñosa como siempre, que recordaba haberme visto más de treinta años atrás, en su casa, cuando aún era casi un chiquillo, filósofo en ciernes, mirando fijamente, como en una ensoñación, un concreto y preciso anaquel de su Biblioteca, y ahora se había sorprendido al encontrar a un señor que ya nada tenía que ver con aquel joven filósofo, excepto me dijo por el sentido del humor, que oculto bajo mi apariencia profesoral recordaba a aquel jovencito que pululaba por su casa y sus largos pasillos. Fue una grata experiencia volver a verla. No sabía que no mucho después mi amigo Paco me contaría la noticia de su fallecimiento. Sin embargo, mi recuerdo suyo de aquella última vez que nos vimos la rememora elegante y de

negro, divertida y afectuosa. Antes de acabar la velada se levantó, ya en pie hizo un gesto amable de despedida y se marchó. Tengo un grato recuerdo de esa despedida; nunca supe que sería definitiva.

Referencias

GARCÍA DEL POZO, R. (1988): *Michel Foucault: un arqueólogo del humanismo : (estructuralismo, genealogía y apuesta estética)*. Sevilla : Secretaría de Publicaciones de la Universidad, 1988.

TASSET, J. L. (2001): «Joven mirando por la ventana». Acerca de la crisis de fin de siglo en las ciencias morales, con unas variaciones sobre la propuesta antiteórica de James Griffin. *Télos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, 10(1), 121-132. <https://minerva.usc.gal/entities/publication/706c672b-81cd-4a11-8001-3cb3d3edaf45/full>